

## Ilusiones eternas

*Navidades. Año viejo y Año Nuevo. Reyes Magos. Amalgama de ilusiones que los mortales vamos alojando en la morada humilde de nuestras existencias. — ¿Ganaste algo en la lotería de Navidad?—.*

— Pues...

*Y la alada ilusión, posándose, en tierra firme, exclama: — Mientras haya salud, bien está todo —. Y he aquí que esta gran verdad, santa realidad, se convierte en el voto principal en la entrada de Año Nuevo: «qué Dios nos conceda salud en este nuevo año que empieza, porque es la riqueza más valiosa de cuantas podamos poseer».*

*Y luego viene la ilusión infantil, la ilusión perenne, aquella ilusión forjada por los tres Reyes Magos de Oriente: Gaspar, Melchior y Baltasar. Es el sueño que no conoce término, ni desencanto, ni ambición. Es, simplemente, el sueño dorado de la infancia no contagiado, todavía, por las ilusiones frustradas.*

*Año de 1.957. Al igual que tu antecesor, vas a recoger de nosotros todos estos sentires. Navidades Año viejo y Año Nuevo. Reyes Magos. Amalgama de ilusiones que los mortales vamos alojando en la humilde morada de nuestras existencias.*

*Pero tú velarás por nosotros y nos concederás el don más preciado de todos: la salud.*

# Amorosa

SAN FELIU DE GUIXOLS 3 DE ENERO 1957 - NÚM. 465 - AÑO IX

## HORA PRESENTE

Hora presente, hoy dilatado, entre un ayer de recuerdo y una mañana por nacer, heredera de aciertos y errores, rica de nuevos proyectos es, limo, agua y empuje, en un instante dado, del gran río de la Humanidad. También, cárcel improvisada de su fluir.

Hora presente, hora vivida, y, no obstante, paradójicamente ambigua, incierta, dudosa. En el crisol de la actualidad de nuestra Era, de nuestro tiempo, se está forjando la verdad del hoy, para la Historia.

La Historia es siempre pasado, aún cuando con este pasado pretenda explicar el presente y futuras trayectorias. Historia, recuerdos tamizados, puestos en orden, esencias rectoras, anécdota y categoría de los pueblos evidenciados gracias al estudio de las huellas del camino que siguieron, rendida ya una etapa de su andadura.

No se puede escribir la historia de una ruta, puesto el pie en el camino. No se puede historiar el presente, dentro del propio presente. La Historia exige perspectiva, ecranimidad. Pero bien nos será permitido, y ello es posible, el dejar constancia de unos hechos, de un sentir, de un anhelo, de un pensar puramente actuales, aunque a sabiendas los sepamos envueltos en un ropaje de puras accidentalidades y de subjetiva pasión, que luego serán borradas por el historiador de nombre ignorado, al pasar nuestras páginas en limpio en el gran libro de la vida y de la civilización de los pueblos. De la misma manera que el hombre maduro, proveyecto, al sentarse en su despacho para escribir las memorias de su vida, teniendo como fuente un montón de viejas cuartillas, diarios íntimos de sus años mozos, extrae solamente de ellas unas pocas líneas, e incluso cambia las razones, los móviles, bajo los cuales pretendimos explicarnos la elección de un camino, porque sus canas y las gafas del tiempo le supieron demostrar que eran muy otros.

De aquí, que no todas las páginas que en presente se escriban, serán un día Historia. La verdad, la última y la primera, la absoluta puede muy bien no estar en ellas, aunque nosotros, al escribirlas, nos preciamos de sinceros. También es posible que las llenemos de inútiles detalles. La Historia es síntesis, y de los muchos vectores conducentes a una efemérides, ella elige sólo el vector resultante, después de pacientes estudios y repetidas confrontaciones.

Además de todas esas dificultades, es desolador sentirnos grano de arena en la in-

mensa playa del mundo, gota de agua de un caudaloso río. Pero, sí, en verdad, somos parte, menuda e insignificante de un todo, ello nos hermana al todo universal, y hace también que nos sintamos todos en magnífica comunión.

Tratemos, pues, de salvar todas las dificultades; nunca será baldío que dejemos consignado nuestro ideario místico, religioso e ideológico, todos nuestros propósitos moldeados por la fe, el amor, la belleza y la libertad. Son ellos los ingredientes básicos, esenciales, del hecho histórico, acompañados inevitablemente por nuestra circunstancia económico-social, envoltura de aquella esencia, según concepto de J. Vicens Vives.

Hablemos, pues, de nuestros problemas espirituales, de nuestro pensar y sentir. También, de lo que cuajó o espera madurar en aras de la belleza; de toda obra o deseo inspirado en el amor: amor a los niños, a los desvalidos, amor dedicado a la tierra que nos vió nacer, a la ciudad que, ya sin muros, nos guarda.

No olvidemos nuestra fe ni nuestros templos. Glosemos el son de majestuosas campanas, júbilo o plegaria. Sonido y eco que sobre el azul del cielo ascienden hasta las moradas del Señor.

¡Qué no sea nuestra ciudad una más en el cementerio de las ciudades muertas, sin alma! ¡Qué no seamos ninguno de nosotros torrente perdido, expósitos del calor amigo del anchuroso río universal!

Sea nuestra voz, voz de libertades, pero llena de caridad, que no es santa libertad la que hiere, la que daña, la que confunde, la que únicamente destruye, sin saber ver que en cada hecho, como en cada vida, existe, aunque sólo sea en potencia, una fracción de espacio o de tiempo, ordenada en el ritmo de los siglos, para su redención.

No pretendemos historiar pasados; menos llegar a la raíz del presente, y mucho menos vaticinar futuros. Con noble propósito y sana intención, intentaremos reseñar nuestra hora actual, el conjunto de sentires, realidades y proyectos que aunados inevitable y estrechamente con la corriente general del mundo, nuestra ciudad presenta. Nuestra ciudad con cuatro rutas abiertas a todo camino y a toda influencia: sus tres carreteras y la boca del mar.